

EL PAPA A LOS OBISPOS VENEZOLANOS

El pasado mes de agosto de 1984 los Obispos venezolanos realizaron su visita "ad limina apostolorum Petri et Pauli" a Roma, es decir, fueron a confrontar con el Papa Juan Pablo II su trabajo apostólico en Venezuela, fueron a informar y escuchar los consejos del "hermano mayor" que tiene la responsabilidad en la Iglesia Católica de animar y confirmar a sus hermanos en la fe y en la tarea evangelizadora. Luego de entrevistarse con cada uno de ellos, el 30 de agosto les dirigió la alocución que presentamos a nuestros lectores y que, a pesar de ser el único mensaje amplio y programático que Juan Pablo II ha dirigido a nuestra Iglesia venezolana, ha sido ignorado o silenciado en un país en el que los Medios de Comunicación prefieren transmitir una imagen ostentosa y vacía del Papa, dejando en la sombra lo medular de su mensaje.

El tema de la alocución es la evangelización, razón de ser de la Iglesia en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia humana. El Papa recuerda a la Iglesia venezolana que llegando a los 500 años de iniciada la labor evangelizadora, ésta sigue incompleta y en una situación que la reta a un nuevo impulso evangelizador.

El Papa parte de la profunda correspondencia entre lo que nuestro pueblo necesita y lo que ofrecen Jesús y su Espíritu. Necesitan a Jesucristo vivido, seguido y predicado. Lo necesitan y buscan por su condición de pueblo creyente y orpimido ansioso de Evangelio y Justicia, magnitudes inseparables en la vivencia cristiana.

Tal situación es un reto a la institución eclesiástica venezolana. Nos interroga sobre la verdad de nuestras intenciones de transformarnos y cambiar las estructuras. Nos plantea si estamos firmemente convencidos de que la persona de Jesús y su mensaje encierran potencialidad para transformarnos y renovar las estructuras. De ahí que, si se toma en serio, no puede entenderse este discurso como de ocasión, sino como impulso a una acción a largo plazo.

La lectura de esta alocución la proponemos como la mejor preparación a la visita que hará el Papa a nuestra Iglesia y nuestra nación. Como la sacudida que necesitamos para seguir el impulso a la tarea evangelizadora que nos pide Jesucristo, la Iglesia y el pueblo. (N. de la R.)

COMUNION ECLESIAL EN CRISTO Y CON CRISTO

1. Al término de mi coloquio individual con cada uno de vosotros, os manifesté mi profundo gozo y agradecimiento por vuestra presencia en esta reunión fraterna, momento muy significativo de la visita ad Limina de los obispos venezolanos.

En esta ocasión, que abre mi espíritu y sentimientos a los vuestros, me doy cuenta de que por encima del afecto y fraternidad existentes entre el Papa y el Episcopado de una nación concreta, toma cuerpo un hecho misterioso que supera vuestras personas y que nos introduce en una realidad grandiosa en la que entra de lleno el Espíritu de Cristo, que late y se manifiesta en gracia intercambiada entre la Iglesia de Roma y vuestras Iglesias particulares.

En esa magnífica perspectiva de fe que nos envuelve y compromete personalmente, nuestros corazones se abren a la esperanza, porque la comunión en y con Cristo sabemos que es fuerza salvadora inagotable que valoriza nuestros esfuerzos. Esta mirada esperanzada y optimista es la primera disposición a la que nos llama la verdad profunda de este encuentro, en cuyo centro está la solicitud por vuestras comunidades eclesiales, en su conjunto y en cada miembro de las mismas.

2. La Iglesia en Venezuela se encuentra a las puertas de su medio milenio de evangelización. Dificultades históricas ya conocidas impidieron que tal evangelización fuera más completa en el pasado. Y la situación actual de vuestro país, no ajeno a la conmoción de valores y a la crisis económica que golpea a América Latina, plantea de nuevo el problema con especial urgencia.

LA FE Y LA JUSTICIA

Ante ello viene a mi mente el pasaje bíblico tan denso de enseñanzas, en el que Pedro dice al paralítico postrado a la puerta del templo: "Míranos... plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy. En nombre de Jesús Mesías, el Nazareno, échate a andar" (Act. 3, 4-6).

Este "míranos" de Pedro traduce la profunda hambre de evangelio y de justicia de vuestro pueblo católico, sediento de

autenticidad, de ver hecha vida la fe que anuncia la Iglesia de contemplar a ésta anclada profundamente en la realidad de vuestro país y libre e independiente para interpelarlo, para dar testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres, y al mismo tiempo fiel íntegramente al absoluto de Dios. Una Iglesia que avance siempre en ardor contemplativo y de adoración, en celo de su actividad misionera, caritativa, promocional, siguiendo las pautas sobre las que se interrogaba con insistencia mi predecesor Pablo VI, y que nos urgen siempre (Cf. Evangelii Nuntiandi, 76).

El hombre actual espera de la Iglesia el signo, la palabra, la luz eficaz. Y no cabe duda de que es mucho lo que la Iglesia puede aportar a la sociedad actual. No puede ser escasa la fuerza transformadora de la Palabra de Dios (cf. 1 Sam 3,1). Ello irá conduciendo hacia los grandes objetivos de la labor evangelizadora en una época particularmente hambrienta de Espíritu porque está hambrienta de justicia, de paz, de amor, de bondad, de fortaleza, de responsabilidad, de dignidad humana (Redemptor hominis, 18). Y Tales objetivos conducirán al hombre hacia su plena dignidad y solidaridad en Cristo, haciendo prevalecer la ética sobre la técnica, la persona sobre las cosas (cf. Laborem exercens 12,13,21,22).

EL REDENTOR

3. Es un hombre concreto el que hoy se encuentra ante nosotros, como ante Pedro. El espera, quizá sin decirlo, ser sanado, completado, evangelizado. Nos mira atentamente. ¿Quién es? ¿Cómo vive? ¿Qué desea? ¿Qué problemas afronta en la Venezuela de hoy? Es el hombre que, marcado en su ser por la fe católica, quiere conocerla mejor, desea una más sólida instrucción religiosa, el don de los sacramentos y todas las formas de alimento para su hambre espiritual. Y es también parte de un pueblo que en el último período ha logrado nuevas metas de progreso material, pero en el que existen aún amplios sectores de abandono, injusticia, marginación y pobreza. Por ello yo mismo observaba durante mi último viaje a vuestro continente: "un análisis sincero de la situación muestra cómo en su raíz se encuentran hirientes injusticias, explo-

tación de unos por otros, falta grave de equilibrio en la distribución de la riqueza y de los bienes de la cultura" (Discurso a la XIX Asamblea Ordinaria del CELAM, Haití 9 de marzo de 1983, I, 3).

Cuando todas estas carencias y sus causas tienden a acrecentar hoy sentimientos de angustias, desconfianza y frustración en la sociedad, es cuando el mensaje de Cristo, la misma persona del Redentor "que hizo y enseñó" (Act, 1,1), pueden presentarse como salvación, como esperanza. En esa situación Jesucristo es el que puede dar sentido profundo al ser de la persona, iluminar una nueva escala de valores, impulsar poderosamente a la acción transformadora en favor de los hermanos que necesitan y buscan fe y justicia.

LA IGLESIA

4. La historia de la evangelización cristiana en vuestro país ha pasado por no pocas dificultades. Han sido numerosos los obstáculos, superados siempre con esfuerzo y con escasez de medios. Hoy día, esta historia nos reta a dar con realismo y esperanza al mismo tiempo, un nuevo impulso a la evangelización. Los que están cerca y los que están lejos, los mayores y los jóvenes necesitan una palabra clara, sincera, profundamente cristiana. Necesitan a Jesucristo vivido, Jesucristo seguido y predicado; ésta es nuestra única riqueza y nuestra fuerza.

Es por tanto imprescindible que la Iglesia, desde una posición de pobreza y libertad respecto a los poderes de este mundo, anuncie con valentía la verdad de Jesucristo, firmemente convencida de la fuerza transformadora del mensaje cristiano que, con la fuerza del Espíritu Santo, es capaz de transformar moralmente los corazones, camino para renovar las estructuras.

LA CATEQUESIS

5. Esta nueva evangelización requerirá una serie de esfuerzos coordinados alrededor de las tareas que se consideren más urgentes e importantes.

La catequesis en primer lugar. Impartida en forma orgánica y sistemática aportará al creyente los elementos necesarios para una vida cristiana integral: el contenido central e indispensable de la doctrina, la vivencia religiosa práctica, unida a un compromiso apostólico con dinamismo social. Sólo así poseerá el cristiano la seguridad necesaria para mantenerse firme y serenamente en la fe católica. Incluso en un ambiente adverso y en el que, con frecuencia, proliferan grupos de pseudo contenido religioso.

En ese cometido habrá que tener en cuenta que la catequesis "persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Pero en la práctica catequética, este orden ejemplar debe tener en cuenta el hecho de que a veces la primera evangelización no ha tenido lugar" (Catechesis tradendae, 19). Tal situación no es excepcional, a veces, en la catequesis de jóvenes y adultos.

LA CONVERSION DEL CORAZON

6. Otro aspecto que reviste hoy la máxima importancia es la recta formación la conciencia del cristiano, es decir, el contenido moral de la catequesis, que no podrá dejar de "iluminar como es debido, en su esfuerzo de educación en la fe, realidades como la acción del hombre por su liberación integral, la búsqueda de una sociedad más solidaria y fraterna, las luchas por la justicia y la construcción de la paz" (Catechesis tradendae, 29).

Estas acciones habrán de partir de una auténtica conversión del corazón. Porque es claro, por ejemplo, que la digna valoración y la justa promoción de la mujer no podrá llevarse a cabo debidamente sin que ella misma, y el varón que a ve-

ces abusa de su condición, acepten en profundidad la fe en Cristo, con todas las consecuencias que derivan para unas relaciones personales de justa valoración y mutuo respeto.

LA CELULA FAMILIAR, EL MATRIMONIO CRISTIANO, LAS VOCACIONES Y LOS SEMINARIOS

7. La célula familiar, la familia cristiana, su crecimiento y consolidación, deben ser uno de los objetivos y frutos más preciados de esta catequesis. No sabría encarecer suficientemente la importancia de este punto en vuestro proyecto evangelizador.

El sacramento del matrimonio, tal como lo entiende y predica la Iglesia, es un alto ideal. Entorpecen o favorecen su realización diversos factores de tipo histórico, económico, cultural y psicológico. Aspectos todos ellos que deberán estudiarse cuidadosamente no para aceptarlos sin más, con resignada pasividad o fatalismo, sino más bien como reto para una toma de conciencia que lleve a decisiones y planes de acción concretos y posibles. Os exhorto, por ello, a que acometáis con delicadeza y respeto, pero al mismo tiempo con profunda convicción, la evangelización de la célula familiar, la preparación al matrimonio cristiano y la recta formación a una paternidad responsable que esté de acuerdo con las normas del magisterio.

De este esfuerzo han de brotar numerosos bienes: para los esposos venezolanos y su cristiana vivencia del amor; para sus hijos; para el desarrollo humano y moral de la sociedad; para la misma institución del matrimonio que la Iglesia santifica, renueva y refuerza en el espíritu de Cristo; y también —con toda la importancia que ello tiene— para el surgimiento de más numerosas y sólidas vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa en vuestro país, un problema central para la vida de la Iglesia en Venezuela.

Conozco vuestros desvelos y esfuerzos por suscitar esas vocaciones; sé que, como fruto de una seria promoción vocacional; ha habido un incremento en el número de los candidatos al sacerdocio; pero, no es todavía suficiente para las necesidades de una población en continuo aumento.

Debéis seguir inculcando a los fieles la necesidad de orar al Señor para que mande obreros a su mies. De esa plegaria brotarán, como un don providencial, las vocaciones y la perseverancia de los sacerdotes en su ministerio.

Los seglares y los que tienen ministerios laicales son ciertamente una valiosa ayuda. Pero el sacerdote ministro del perdón, de la Eucaristía, de la Palabra, es insustituible para la vida de la Iglesia, como la fundó y la quiere Jesucristo el Señor.

Que los seminarios continúen ocupando un lugar privilegiado en vuestro corazón y estén bajo vuestra mirada pastoral, haciendo participar a los fieles, especialmente a los padres de familia, en la solicitud por esa porción más preciada de la comunidad diocesana.

Esmeraos por tanto cada vez más en dar a los seminaristas una formación humanística, filosófica y teológica de acuerdo con las exigencias de la cultura moderna y las necesidades de vuestros pueblos, vigilando siempre para que la enseñanza sea siempre fiel a las orientaciones y al Magisterio de la Iglesia.

LOS SEGLARES Y SUS MOVIMIENTOS APOSTOLICOS

8. Grande y hermosa, pero no fácil, es la tarea que se despliega ante vuestros ojos, queridos hermanos. Permitidme que termine estas reflexiones sugiriéndoos una ayuda valiosa para vuestro trabajo, y que será a su vez el fruto de todo este esfuerzo evangelizador. Me refiero a los seglares, que son la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. Su trabajo e inserción en la Iglesia, su sabia y providente organización en grupos y movimientos apostólicos diversos va a ser decisiva en los años venideros.

El Concilio Vaticano II nos anima a utilizar su conciencia

eclesial, su disponibilidad y capacidad apostólica, todavía no suficientemente aprovechadas, para evangelizar, catequizar, trabajar por un cambio que impregne de valores cristianos la sociedad. Por ello, una de vuestras prioridades más queridas ha de ser la de preparar, actualizar y dinamizar comunidades cristianas y movimientos de apostolado seglar con la suficiente formación, sentido de unidad eclesial y profunda espiritualidad. Así la Iglesia multiplicará sus fuerzas evangelizadoras en tantos campos de la vida que reclaman la específica y propia colaboración de los laicos.

LA GRAN MISION NACIONAL Y LA PROXIMA VISITA PASTORAL DEL PAPA

9. Queridos hermanos: Sé que vais a emprender una gran misión nacional que sirva para despertar y consolidar la conciencia cristiana de vuestros fieles. Me alegra esta feliz iniciativa. Sabed que estoy con vosotros, alentando vuestro esfuerzo. Tendré muy presente esta intención en mis plegarias al Señor y a la querida Madre de Coromoto, Patrona de vuestro país. En ellas recordaré a cada uno de vosotros y las intenciones de vuestros diocesanos y del amado pueblo de Venezuela, tan presente siempre en mi corazón y mediante dentro de pocos meses. Llevadles a todos mi afectuoso recuerdo y saludo mientras a vosotros aquí presentes y a ellos imparto mi especial bendición apostólica.

CARTA AL PAPA

Comunidad cristiana de Jusepín

Jusepín, Venezuela, 28-10-84

Su Santidad Juan Pablo II
Roma

Querido y apreciado Papa:

Hoy nos dirigimos a Usted con cariño, pues queremos que nos conozca un poco más a fondo por medio de esta carta, ya que personalmente no podrá ser, a menos que viniera a quedarse con nosotros un buen tiempo y así visitarnos y estudiarnos. Tendría que hacerlo ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, barrio por barrio; esto sería maravilloso pero sabemos que es imposible y por eso nos hemos atrevido a escribirle antes de su venida a Venezuela.

Cuando Usted venga acá, lo más probable es que los encargados de asistirle, lo lleven a los sitios más lujosos y sin problemas, mientras los pobres que estamos muy marginados no le puedan ver ni por un momento, ya que quizás no tengan ni para el pasaje, para trasladarse en donde Usted se encuentre; bueno los que tengan radio o televisión lo oirán y verán, será la única manera.

Reverendo Papa, aquí habemos pobres de pobres que vivimos en chocitas, porque es así como se le puede llamar a esas viviendas, chocitas tan, pero tan llenas y dignas de dolor... ¿Sabe? cuando llueve en vez de ser techo lo que las cubre, parecen coladores; los muebles que poseen que quizá le hayan regalado, parecen recogidos en los basureros; los pobres niños que allí habitan, a simple vista se ve que están desnutridos. Muchos de estos pobres viven a orillas de las cloacas, propensos a enfermedades. Los pobres padecemos de tantas cosas que no podríamos terminar de hacérselo saber en esta carta.

Aquí lo que abunda también es la desunión, fomentada por esta sociedad tan egoísta en la que vivimos, y estos pobres en problemas son un ejemplo porque de lo contrario no vivirían en estas condiciones.

Otra de las cosas es la fe olvidada, y pensamos, por mucha corrupción y muchas drogas etc... En verdad está olvidada.

¡Dios quiera que su venida acá sirva para una verdadera renovación de la fe! y que podamos transmitirla a los que menos conocen a Cristo.

Quisiéramos que usted impusiera su voluntad sobre los que organizan sus viajes, para que cuesten menos dinero y sus recibimientos sean más sencillos, de acuerdo con la penuria, la crisis en que nos encontramos.

¿Sabe? Otra de nuestras crisis es el alto costo de la vida, la comida, el vestido, los libros, en fin todo y cada día peor. Y esto en una patria en donde Dios puso tanta riqueza, por eso nos preguntamos ¿quiénes son los que disfrutan de ella?... Quisiéramos que en su visita acá pudiera Usted decir a los ricos, que no se puede ser cristiano, teniendo mucho, habiendo tanta necesidad alrededor y no tratar de ayudar a esos necesitados. Pensamos que Usted puede hacerlo, ya que para eso viene a rechazar lo malo y bendecir lo bueno.

Reverendo Papa, ¡Ojalá Usted nos dijera que puede inspirarnos de Espíritu Santo para que nos podamos renovar en nuestra fe, para animarnos a seguir adelante! para que podamos tener una vida mejor reconociéndonos como verdaderos hermanos en la unión y en la paz.

Le hemos contado un poquito de nuestros problemas y ahora queremos decirle que estamos muy contentos de que Usted venga a renovar nuestra fe, y ya que usted no puede estar siempre con nosotros, sólo sentimos lástima de que Venezuela no sea Roma, pero sólo por tenerlo a Usted.

Reverendo Papa, somos un grupo de Católicos que residimos en Monagas, en el Pueblo de Jusepín, en donde hay muchas cosas que se asemejan a los problemas que le hemos contado y queremos que de verdad, de ahora en adelante todo sea positivo y para bien de todos.

Quisimos escribirle antes de su llegada, para que estuviese enterado un poco de lo nuestro, y quizá en su mensaje pueda hacer algo por nosotros.

Querido Papa le estamos muy agradecidos de su venida acá y que pueda tener una buena estancia.

Que Dios lo bendiga y lo ayude y bendíganos Usted a quienes lo recordamos con mucho cariño.

(Siguén numerosas firmas)